

A esta diversidad de aspectos y climas corresponde una maravillosa variedad de producciones. En los montes crecen el pino, la encina, el castaño, entre herbazales magníficos y la pompa vegetal de los sitios encumbrados; en los demás puntos brotan cereales y frutos de toda especie, uvas, aceitunas, naranjas, granadas, higos, dátiles, y con poco esfuerzo se aclimatarían allí las plantas equinocciales. Portugal mantenía antiguamente á una parte de los españoles, y César le llama la Sicilia de España. Las principales razas de sus animales son el buey, el mulo, el carnero, comparable hasta con el de España, el ciervo, etc., etc.; y entre los animales dañinos, el lobo, el jabalí, el gato montés y numerosos reptiles, entre ellos el gecko, especie de lagarto cuya mordedura es mortal.

Si puede decirse con razon que la geografía esclarece, y que domina muchas veces la historia, ¿ existe un solo país al cual pueda aplicarse mejor que á Portugal semejante observacion? Colocado entre el Atlántico y la España, lejos del movimiento general de Europa, ¿ cómo puede aspirar á un puesto importante en el continente? Empero, abierta ante él la inmensidad del Océano, parece dar alas á su audacia. En su marina, pues, y en los mares se funda necesariamente toda la fortuna, toda la gloria de Portugal. Su historia se explica por su situacion.



PRIMER PERÍODO.

PORTUGAL DESDE LOS TIEMPOS ANTIGUOS HASTA ENRIQUE DE BORGONA (1094).

CAPÍTULO II.

Tiempos antiguos hasta los árabes.

LUSITANIA; LUCHA DE ROMA Y CARTAGO HASTA 201.—LARGA RESISTENCIA DE LOS LUSITANOS; VIRIATO.—LA LUSITANIA DURANTE EL IMPERIO (30 ANTES DE J. C. HASTA 407 DESPUES DE J. C.)—INVASION DE LOS BÁRBAROS; DOMINACION DE LOS VISIGODOS (407—711).

Lusitania; lucha de Roma y Cartago hasta 201.

Sin ocuparnos de los remotos orígenes de Portugal, ni remontarnos con Camoëns hasta el ilustre compañero de Baco (1) que segun él fué padre de los portugueses, ¿cómo no tender una mirada á los primeros tiempos de aquel país? La antigüedad fué la edad heroica de Portugal, y no hacer caso de ella seria arrebatarle algunos de sus mas hermosos títulos de gloria.

Los hoy llamados pueblos portugueses llevaban entonces el nombre de lusitanos. Situados entre el Duero, el Océano y el Guadiana, dividíanse en un sin número de tribus enemigas ó confederadas, que vivían, como los bárbaros, de guerra, de caza y de botín. Atraídos á poco los fenicios y los griegos así por la fecundidad de su suelo como por las riquezas de sus montañas, fueron á establecer entre ellos sus primeras factorías (2). Despues

(1) Luso.

(2) El país designado con el nombre de Lusitania, mas vasto que el actual territorio portugués, comprendía: 1.º al norte, el país de los Lusitanos, cuyas ciudades principales eran: Oliseppo (Lisboa), Chretina (Cintra), Arabriga (Braga), Coimbra (Coimbra), Scalabis (Santarem), Selium (Viseo) Talodi (Tavera) etc.: 2.º el de los

llegaron los cartagineses, no ya como navegantes, sino como conquistadores. Acaudillábales Amilcar Barca, quien supo sacar tan buen partido de las eternas divisiones de los españoles, ya para atraerles á su partido, ya para reducirles, que estuvo próximo á realizar completamente los vastos deseos de la ambicion cartaginesa. Los lusitanos tuvieron empero el honor de sacudir el yugo que aceptaban sus vecinos, y aquel gran capitán sucumbió luchando con ellos.

Su yerno Asdrubal y su hijo Anibal continuaron felizmente su empresa, y pronto creyóse este último bastante seguro de su conquista para emprender la de Italia, la de Roma y la del mundo. Hizo mas aun, y en defecto de su ingrata patria, consideró á la España como su arsenal contra Roma. La Numidia le suministraba ginetes, la España y la Galia infantes.

Roma que comprendió claramente esta política, desplegó no menos energía para arrebatar la España á sus lugartenientes, que para alejarle á él de sus murallas. El odio universal que los gobernadores cartagineses habian suscitado contra ellos, la ofreció medios para conseguirlo y la dictó su conducta. Roma se presentó á los españoles como libertadora, y los lusitanos no fueron los menos solícitos en coaligarse con ella, no para derrocar, pues Anibal no habia penetrado en su país, sino para apartar la dominacion africana, cuya proximidad detestaban.

Esta primera conspiracion de la ambicion romana y del patriotismo español tuvo mal éxito. Mientras Anibal corre de victoria en victoria, mientras destroza cuatro ejércitos romanos, mientras llega á las puertas de Roma, y venga tan gloriosamente á Cartago y al universo, ¿qué vemos allende los Pirineos? A los dos Escipiones vencidos y muertos, á la tiranía cartaginesa ensañada de nuevo contra la humillada península, y á la sangre lusitana vanamente derramada por la libertad comun. Pero llega

Vettones, cuyas ciudades principales eran: Salamanca, Lancia Transcudana (Ciudad Rodrigo) etc. 3.º el de los Celtici, cuyas ciudades principales eran: Eborá (Evora), Moran á orillas del Guadiana, Pax Julia (Baja) Cæto brigá (Setubal) etc.: 4.º el de los Cunicí, hoy los Algarbes, cuyas ciudades principales eran: Cunaca Lacobriga (Lagos), Myrtilis (Mertola), etc. Al norte del Duero, entre este rio y el Miño, hallábanse los Gallaici Baccari, divididos en veinte y cuatro tribus y teniendo por principales ciudades Bracara (Braga) Cale (Porto), Tudæ (Tuy), etc.

entonces Publio Escipion (211), y á ios pocos años solo queda Cadiz á los cartagineses. Tomóla tambien el caudillo romano en 205, y desde entonces solo pensó en arrojar á Anibal de Italia. Arrebatándole la España, le habia desarmado.

Larga resistencia de los lusitanos; Viriato.

Mientras los españoles celebraban la expulsion de los africanos, el senado les hizo entender que solo habian cambiado de señores. Las tribus de España eran harto altivas para reducirse tan dócilmente á la condicion de esclavas, y la llegada de los primeros gobernadores romanos les dió la señal de un alzamiento universal. El valor era igual por ambas partes, y la lucha fué terrible; pero Roma, mas fuerte por su disciplina y sus armas, obtuvo el triunfo. Vencidos los lusitanos (189-178) resignáronse por fin á pedir la paz, mientras los celtíberos daban sus postreros combates, y fueron tan crueles las pérdidas que les causara aquella grande lucha, que no volvieron á agitarse hasta 153, á pesar de las revueltas en que incesantemente se empeñaban sus vecinos. En estas divisiones de las poblaciones españolas, en su falta de unidad reside la causa principal de su derrota colectiva. Impotente sin duda contra su coalicion, Roma las abatía fácilmente una tras otra. De todos modos, ¿tan fatal desunion no es peculiar á la antigua España? Así lo ha querido la misma naturaleza. No se dice la España, sino las Españas.

Los lusitanos parecian, pues, subyugados cuando Cartago, amenazada de nuevo por su implacable rival, logró sublevarles á su vez, á nombre de la libertad universal. ¡Cuántos males, pero tambien cuánta gloria les valió esta insurreccion, gracias á Viriato, el nombre mas preclaro de que puede gloriarse la historia antigua de Portugal!

Escapado casi solo del degüello de treinta mil lusitanos, cobardemente asesinados por Servilio Galba, el jóven pastor no quiso desesperar de su patria, y el odio le improvisó general. Su ejército, engrosado paulatinamente en el seno de los montes que le servian de asilo, hostigó primero, hizo frente en seguida, y acabó por batir y dispersar á las legiones romanas, hasta que robustecidos su poder y su renombre por cinco años de brillantes triunfos, dió el grito de libertad entre los españoles, reunió to-

das las tribus bajo una misma enseña, bajo una misma mano, y pudo ya columbrarse el día en que las águilas romanas emprenderían su vuelo al través de los Pirineos. Sin embargo, solo los celtíberos tomaron las armas, y como querían combatir separadamente, pronto fueron subyugados. En vano alcanzaba en tanto Viriato las mas gloriosas victorias; en vano obligaba al senador romano á tratarle como á su igual; en vano se engrandecía mas y mas: Roma supo hallar el medio de librarse de su temible enemigo. Dos soldados de Viriato le asesinaron por un puñado de oro, y con él cayó la libertad de la Lusitania y de la España (140). Cepion desesperando de reducir nunca á la obediencia á los compañeros de aquel grande hombre, trasladó entonces una multitud de ellos á orillas del Mediterráneo, donde construyeron Valencia. Era tal el entusiasmo de que Viriato habia llenado á sus compatriotas, que Roma tuvo que vencer á sus mismas mujeres. ¿Qué le importaba la muerte á aquel pueblo? Caía por una noble causa y la muerte de los valientes le abría el cielo. Sin duda mas de un lusitano, viendo la ruina de su patria, pasó á Numancia sitiada para defender los últimos restos de la española independencia (133).

Desde entonces los lusitanos sufrieron todos los tormentos anexas á la dominacion romana. Roma se encontraba en la plenitud de su fuerza, y hubiera sido locura atacarla; pero no bien comenzaron á debilitarla las guerras intestinas, pudo verse que no se habian borrado los recuerdos de la perdida independencia. Cuando Sertorio vino á pedir á los españoles medios para restaurar la vencida causa de la democracia, ¿no fueron los lusitanos los primeros en saludarle como á jefe supremo (80)? Lisonjábanse de recobrar con él el inestimable bien que con Viriato perdieran, y con esta sola esperanza se apresuraron á poner todas sus fuerzas al servicio del proscrito partidario de Mario.

Brillantes fueron los primeros triunfos, y Metelo hubo de levantar el sitio de Lacobriga, evacuar la Lusitania y replegarse hácia el Ebro, al paso que la España entera se asociaba á los lusitanos en defensa de Sertorio. Todos veían en él á un libertador, á un predilecto de los dioses, y la corza blanca que do quiera le acompañaba parecia una intercesora entre el cielo y él.

Hacia ya cinco años que duraba su dominacion, y España no

cesaba de regocijarse con su renaciente libertad, cuando Sertorio, mal aconsejado sin duda por la prosperidad, complacióse al parecer en confundir tantas esperanzas, en desmentir tal alborozo, y en demostrar á los españoles que no eran mas que ciegos instrumentos de sus ambiciosos designios. Abandonáronle pues, y trataron de protegerse á sí mismos; pero Pompeyo sofocó pronto su insurreccion, sin obtener empero una sumision completa, y sin impedir que la libertad encontrase al menos un refugio en las escabrosas montañas de la Lusitania, puesto que Julio César obtuvo el consulado y formó el primer triunvirato (59) al volver de una expedicion contra aquellos indómitos montañeses. Nada nos dicen de la Lusitania los acontecimientos que ocurrieron en España durante la famosa rivalidad de César y de Pompeyo, á bien que España solo figuró como uno de los principales teatros de aquellas grandes luchas, donde sus enemigos se destrozaban entre sí expiando con horribles disensiones la execrable tiranía que imponían al mundo.

La Lusitania durante el imperio (30 antes de J. C. hasta 407 despues de J. C.)

Al sagaz sucesor de César, á Octavio Augusto estaba reservado el realizar la completa sumision de la Lusitania, dando una especie de organizacion á unos países que los generales republicanos se ciñeran á conquistar. La vasta provincia que él designó con aquel nombre, y que colocó entre aquellas cuyo gobierno se reservaba, comprendia el Portugal actual (excepto Tras os montes y el territorio situado entre el Miño y el Duero, que formaban parte de la Tarraconense) y la mitad de la Extremadura castellana. Con objeto de borrar mejor los vivos recuerdos de la independencia nacional, varió, como lo habia hecho en la Galia, los antiguos nombres de las ciudades y fundó otras nuevas: Pax Augusta, hoy Badajoz; Liberalitas Julia, hoy Evora; Bracara Augusta, hoy Braga; Augusta Emerita, hoy Mérida, y despues capital del país, etc... La antigua Olissipo se convirtió tambien en Felicitas Julia; Scalabis, en Præsidium Julianum, etc... Algunas otras ciudades que conservaban sus antiguas denominaciones, se engrandecieron y fueron elevadas al rango de ciudades municipales, y segun parece estas innovaciones no

repugnaron á los lusitanos, puesto que ninguna sedicion trató de impedir las. La Lusitania habia dado sin duda el último suspiro como las demás provincias romanas, que saludaron gozosas la caída del gobierno republicano y el advenimiento del régimen imperial. Tácito, el mismo Tácito, á quien nadie acusará de parcial en pro de Augusto, no puede menos de proclamar aquel gran movimiento de la opinion pública.

Digamos tambien que la política imperial encontró muy poderoso auxilio en las irresistibles seducciones de la civilización romana, que á la sazón brillaba con todo su esplendor. Las altas clases, justamente avergonzadas de la barbarie nacional, dejáronse llevar por aquella, la que penetró en seguida en las masas populares, no tardando la misma España en distinguirse entre las provincias mas romanas del imperio. Esta civilización nueva no se detuvo hasta llegar al pié de las montañas, asilos impenetrables así de la ignorancia, como de la libertad y del valor.

Mientras los lusitanos abjuran sus antiguos rencores para asimilarse del mejor modo posible á sus vencedores, los romanos no omiten tampoco medio alguno para explotar su conquista. Lo que fueron para la España moderna las Indias, Méjico y el Perú, lo fueron entonces para Roma la Lusitania y la España, y se evalúa en mas de treinta y dos mil marcos el oro extraído cada año de sus montañas. A las puertas de Chaves hemos visto un pequeño lago llamado Lagoa de Sapellos, que segun dicen, tiene por origen una de las minas abiertas por los romanos. Desde el momento en que la España degenera en romana, la Lusitania cesa de tener una historia particular para ser una de las mas hermosas provincias del universo romano. Baste observar que, colocada, gracias á su situación, al abrigo de las luchas intestinas que desolaban el imperio, y léjos de las invasiones bárbaras que se esforzaban en salvar la barrera del Eufates, del Danubio y del Rhin, disfrutaba de una casi constante prosperidad. A falta de datos mas precisos apelaremos á las numerosas ruinas de los grandes monumentos que erigieron aquellas generaciones. Los mas notables como obras artísticas, son: el templo de Diana y un acueducto en Evora; los baños de Cintra, llamados tambien Fuente de los Moros, tan célebres por las leyendas á que dieron origen; el anfiteatro de

Lisboa, del cual no quedan mas que vestigios, y los restos de vastas construcciones en Viseo, Braga, etc., etc.

¡Qué contraste entre aquellas elegantes producciones del genio romano y los groseros montones de piedras drúidicas que acumulaban los libres lusitanos! Citemos solamente, y con profundo respeto, la rústica caverna y la modesta tumba de Viriato; pues ni los rayos de la civilización romana ni todo el esplendor del Portugal moderno, han podido eclipsar la gloria de aquel insigne pastor.

Invasión de los bárbaros; dominación de los visigodos (407-711).

El imperio romano no tardó en decrecer y en disolverse, y el Rhin, que durante cuatro siglos habia servido de única muralla á la civilización antigua, acabó por ceder al irresistible esfuerzo de los bárbaros. La Galia fué la primera en sentir todos los males de aquella terrible invasión; luego llegó su vez á la España, y los alanos, los vándalos y los suevos no se detuvieron ante los Pirineos (409). Desamparados por el emperador Honorio, los españoles acudieron en vano á los usurpadores Constantino y Máximo: el uno murió en el cadalso, el otro se suicidó, y la España pasó al poder de los bárbaros, sin que se descubra ninguna huella de resistencia nacional, ya sea que los pueblos moradores de aquel hermoso país hubieran olvidado su antiguo valor, ya sea mas bien que la pesada tiranía de los últimos emperadores les dispusiese á aceptar cualquier otro señorío como una salvación.

En aquel desmembramiento de la España, parte de la Lusitania quedó para los suevos, los que establecidos al principio en Galicia, se extendieron desde allí á las riberas del Mondego. En seguida pasó bajo el imperio de los visigodos, nuevos conquistadores de la península en nombre del imperio romano. Uno de sus príncipes mas poderosos, Teodorico II, rechazó en efecto á los suevos en Galicia, y agregó á sus Estados todo lo de allende el Duero, río que fué el límite habitual de ambos reinos, hasta que Leovigildo, con la sumisión de los suevos, completó la dominación de los visigodos en la península (585).

De todas las naciones bárbaras que arrancaron á Roma un giro del Occidente, la de los visigodos era sin duda la menos extra-

ña á la civilizacion romana y por abyecta que entonces fuese esta civilizacion, no habian podido menos de admirar sus restos y de sufrir su ascendiente. Por eso no tiranizaron la España. Por el contrario, no satisfechos con respetar las antiguas divisiones territoriales, con abolir las miserias de la fiscalía imperial, con dulcificar la condicion de los esclavos cuya antigua esclavitud convirtieron en servidumbre, con sustituir á los derechos de la conquista la promulgacion de una ley imparcial entre vencedores y vencidos, y con abjurar el arrianismo, el cual profesaban desde su conversion, restituyeron á los españoles el precioso bien que Roma les quitara tantos siglos antes, y que no encontraban sino en los antiguos recuerdos de su historia nacional: la libertad. En efecto, ¿en qué manos residía el gobierno de la España, sino en las de la asamblea general, en las del concilio de Toledo, compuesto en su mayor parte de diputados españoles, y dominado por obispos españoles? Así es que los felices vasallos de los visigodos, léjos de maldecirles, no vieron en ellos sino libertadores y amigos. Su código ha sido siempre, con el nombre de *Fuero Juzgo*, el código nacional, y el mas noble titulo de que puede hacer alarde un verdadero español, ¿no es todavía el de hidalgo?

Desgraciadamente, no supieron los godos conciliar el orden con la libertad, y en vez de un gobierno vigoroso, tal como lo necesitaba la España para reunir todas sus partes en un todo, permitieron que la anarquía quebrantase pronto su poder. El trono electivo, la nobleza turbulenta, el clero dominador, las reanimadas rivalidades antiguas, y las mismas asambleas trocadas en semilleros de disturbios, cuando debian constituir y representar la unidad nacional, tales fueron los tristes resultados de aquella negligencia. Desde entonces pudo perverse que la independencia de la España estaria á merced del primer invasor, é inútil nos parece añadir que cuanto aquí decimos de la España entera se aplica por lo mismo al país cuya historia hemos emprendido.

CAPÍTULO III.

Invasion y dominacion de los árabes hasta el matrimonio de Enrique de Borgoña con la hija de Alfonso VI (711—1094).

LLEGADA DE LOS ÁRABES (711).—DOMINACION DE LOS ÁRABES; EXPLENDOR DE ESPAÑA BAJO SU IMPERIO.—PRIMEROS PROGRESOS DE LOS CRISTIANOS.

Llegada de los árabes (711).

Clodoveo y sus primeros sucesores habian asestado tan recios golpes al poder de los visigodos, que parecia destinado á perecer á manos de los francos; sin embargo, las terribles disensiones de que en breve fué víctima su imperio, deteniendo de improviso el gran movimiento de la conquista merovingia, retardaron la ruina de España, y antes de que los francos hubiesen recobrado la fuerza con la tranquilidad, presentóse en el Sur otro conquistador: los árabes.

No es nuestro objeto referir como los soldados de Mahoma se abrieron el camino de España, y basta decir que la Lusitania se sometió como las demás provincias de la península á los vencedores de Jerez (711). Una sola ciudad de la antigua Lusitania, que hoy no pertenece á Portugal, Mérida, opuso á los infieles una valerosa resistencia, y obtuvo de Abdelazis una capitulacion honrosa, siendo de creer que las suaves dulzuras de un clima delicioso, ó mas bien la costumbre de una larga paz bajo el señorío romano y visigodo, habian acabado por debilitar el valor de los compatriotas de Viriato.

Dominacion de los árabes; esplendor de España bajo su imperio.

Los lusitanos no tuvieron que quejarse de sus nuevos vencedores, pues abrazando los unos su religion, se confundieron con ellos con el nombre de muzárabes, y tuvieron los otros plena libertad; para continuarsiendo cristianos mediante un ligero tributo. Obtuvieron además ciertos derechos políticos, como lo prueba un privilegio importante del año 734, firmado por el emir

Al-Boacem, que, imponiendo á los cristianos una contribucion doble, les permite tener en Coimbra un conde de su nacion, y conservar sus magistrados en los pequeños centros de poblacion (*in populationibus parvis*). Los musulmanes, mas moderados aun que los visigodos, se limitaron á dominar la península y á atribuirse las tierras públicas ó vacantes, no debiendo olvidarse que los árabes eran entonces, y continuaron siendo por mucho tiempo, superiores á los occidentales, así por su industria, como por su tolerancia y civilizacion. La única ventaja de los cristianos consistia en su religion superior, y su porvenir descansaba sobre esta única superioridad.

Cuando en 756 el último descendiente de los Omniadas, Abderraman, empezó á desmembrar la inmensa dominacion de los árabes, tratando de establecer un segundo califato, nada indica que los españoles ni los lusitanos tratasen de impedirlo, antes bien debieron aprobar una alteracion que elevaba de repente su país, del de estado de provincia subalterna, á la dignidad de imperio independiente. Pero como no nos incumbe trazar aquí el cuadro de la civilizacion musulmana en España durante los primeros reinados de la dinastía Omniada, solo observaremos que los pueblos lusitanos gozaron de su bienhechora influencia. La agricultura perfeccionada, plantas nuevas aclimatadas, el arte del riego practicado con una pericia desconocida, la industria desarrollada á la par de la agricultura, las primeras empresas marítimas de Portugal, tales fueron para la España occidental los resultados incontestables de la supremacia de los árabes. De esta época data asimismo la importancia de Lisboa, que sirvió durante algun tiempo de capital á un pequeño reino particular. Durante este largo y floreciente período, los únicos sufrimientos de Portugal fueron causados por las devastaciones incesantes de los piratas northmans (normandos).

Primeros progresos de los cristianos.

Sin embargo, al paso que todas las provincias españolas olvidaban la independencia y la fe de los tiempos antiguos, algunos cristianos habian llevado su símbolo á las ásperas montañas de Asturias, y allí se entregaban sin temor á los mas duros traba-

jos para restaurar la santa causa de la religion y de la patria. Esta cruzada dió comienzo en las costas del golfo de Vizcaya, en 718, para terminar en los muros de Granada, en 1492!

Favorecidos por la disposicion del territorio, por la poderosa proteccion de los francos, por las disensiones de los infieles, por la secreta connivencia de una parte de los antiguos habitantes, y en fin, por su misma debilidad, que les acarrea el desprecio, los cristianos obtuvieron, desde un principio, gloriosos triunfos. Desde 798, llevó Alfonso II sus armas hasta las murallas de Lisboa; pero como el heroismo y el entusiasmo, sin los cuales es impotente la misma fuerza, no pueden tampoco prevalecer por sí solos, mientras el califato de Córdoba perteneció á príncipes dignos de tal nombre, la cruzada española avanzó muy paso á paso. Ni Alfonso III que llegó el primero á Mondego, ni sus sucesores que plantaron el estandarte de la cruz en las márgenes del Guadiana, pudieron mantenerse en sus conquistas. La division de la España cristiana en varios Estados rivales explica lo bastante este entorpecimiento.

En el fondo de toda dominacion musulmana existen por fortuna dos gérmenes de ruina que nunca tardan en producir sus frutos: el despotismo y el fanatismo. El califato de Córdoba no pudo librarse de esta ley comun, y tras los grandes príncipes vinieron los malos; tras la actividad, la indolencia; tras el entusiasmo, la tibieza; y la pujanza de los árabes, mas brillante que sólido, empezó á disolverse á los dos siglos. Los cristianos, cuya fuerza se acrecentaba por el contrario cada dia, no debieron hacer mas que marchar adelante, y mientras se apoderan de Toledo, Fernando el Grande entra en Lamego, en Viseo, en Coimbra, en Cintra y en Lisboa, agregándose al reino de Galicia todo el país comprendido entre el Miño y el Duero. Esta es la época caballerisca de la España cristiana, la época del Cid.